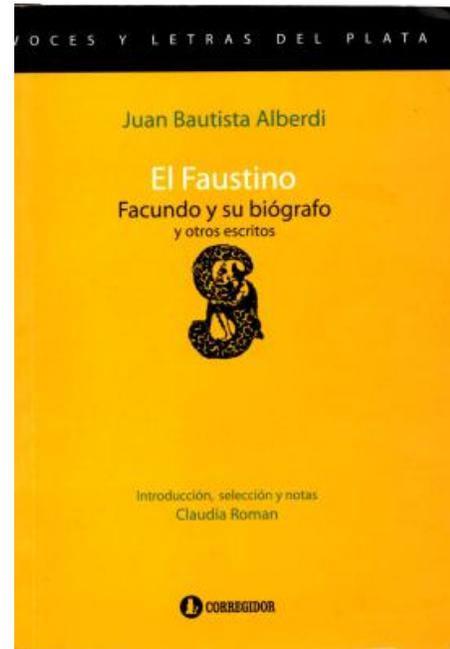


**Juan Bautista Alberdi,**  
*El Faustino. Facundo y su biógrafo y otros escritos*  
Introducción, selección y notas de **Claudia Román**  
**Buenos Aires**  
**Corregidor**  
**2012**  
**352 pp.**



### ***El Faustino: continuidades de la gran polémica argentina del siglo XIX***

Marinela Pionetti<sup>1</sup>

Recibido: 06/02/14  
Aceptado: 14/02/14

Si la polémica es un modo de la escritura en colaboración, recuperar una serie de escritos póstumos de Alberdi dedicados a (y obsesionados por) Sarmiento, supone actualizar uno de los momentos más intensos en la trayectoria literaria y política de ambos. Enfrentarlos nuevamente y leer en caligrafía *detestable* de uno, las injurias del otro, sus gritos o, peor aún, sus silencios, es hacerlos empuñar otra vez la misma pluma y escribir otro episodio de la contienda más conocida del siglo XIX en Argentina, conocida bajo el binomio *Cartas Quillotanas - Las Ciento y una*.<sup>2</sup> *El Faustino*, titulado así en alusión a la tesis central del primero de los textos allí reunidos, “Facundo y su biógrafo”, incluye también “Sarmiento (notas sueltas)” y una “Carta Quillotana inédita”, los tres proceden de distintos volúmenes de los *Escritos Póstumos* publicados entre 1897 y 1990, aunque redactados entre 1874 y 1876, mientras que la carta data de 1853 pero fue eliminada de la publicación original de

<sup>1</sup> Prof. en Letras. Contacto: [marinelapionetti@gmail.com](mailto:marinelapionetti@gmail.com)

<sup>2</sup> A la publicación de *Las Ciento y Una* en mayo de 1853, Alberdi responde con *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina*, una serie de escritos en los que eleva el tono de las Quillotanas –aunque nunca tanto como en los textos que presenta esta edición– pero que no suele ser considerado por la crítica en el mismo nivel que los dos anteriores. La edición de Losada, de la serie *Controversias* dirigida por David Viñas, sí incorpora este texto.

las *Quillotanas*. Algo interesante, además de la reedición de estos escritos, es que son acompañados por una serie de artículos, imágenes y lecturas vinculados con ellos procedentes de distintos circuitos, todos seleccionados, introducidos y anotados por Claudia Román, en cuyo prólogo contextualiza la relación de Sarmiento y Alberdi desde sus primeros intercambios hasta devenir en “adversarios y coescritores”, y justifica el criterio de la edición.

Se trata de textos que siguen las huellas de una relación iniciada en 1838 bajo el signo de la admiración y la obsecuencia del joven “poeta” Sarmiento hacia el ya reconocido Alberdi, que tiene un núcleo duro en la discusión política y personal sobre el destino que debía asumir la nación luego de la caída de Rosas, materializada en la mencionada polémica de 1853 y continuada, como se advierte en estas páginas, hasta el final de sus vidas.

Facundo y su biógrafo” es un escrito que responde a la publicación de la cuarta edición de *Facundo* en París, en 1874, durante la presidencia de Sarmiento; las modificaciones respecto de las anteriores ediciones (prólogo de Mrs. Mann, cambio de retrato de portada, incorporación de capítulos suprimidos, la carta de Alsina y las biografías de Chacho y Aldao) despiertan el encono de Alberdi, quien se dedica a desarmar la obra desde todos los puntos posibles. El artículo busca demostrar los paralelos existentes entre la barbarie de Quiroga y la de su biógrafo (Sarmiento); así, el relato, más que referir la vida del caudillo, constituye para Alberdi una suerte de autobiografía, la cual convendría titular con el nombre del verdadero biografiado: “En lugar de escribir el *Facundo*, como pretende, [Sarmiento] ha escrito el *Faustino*, como el libro lo demuestra, pues las ideas, las cosas y los intereses económicos que Facundo sostuvo como agente de Rosas, son las que hoy sirve y sostiene el biógrafo de Facundo” (52). Para demostrar esto, acude a todos los indicios en abono de su tesis: analiza textualmente, cita documentos, muestra datos, sopesa, mide y compara a su contrincante con los biografiados (Quiroga, pero también con Aldao y Chacho). Si bien insiste en el carácter “serio” de su análisis, del mismo modo que ya lo había hecho en las *Quillotanas* cuando calificaba su crítica de “alta, digna y respetuosa”... sobresale en este escrito un cambio de tenor que descubre el rencor acumulado desde aquellos años, y que ahora se resigna a reconocer, aunque intenta justificar constantemente: ya salido de sus casillas, aclara que “el lector no debe extrañar que yo hable en este tono del *Facundo* y de su autor, (...) trabajador improductivo, estéril, a título de empleado vitalicio, que vive como un doméstico de los salarios del Estado, su patrón” (50-55).

“Sarmiento (notas sueltas)” deja entrever, ya desde el título, la intención de esbozar una silueta del adversario que se desvanece en “notas sueltas” entre paréntesis, al que queda confinado el rosario de argumentos esgrimidos por Alberdi para demoler la reputación de Sarmiento. Aquí, como en la “Carta Quillotana inédita” –compuesta en 1853 y no incluida en aquella serie posiblemente por su tenor– reitera los argumentos de “Facundo y su biógrafo” y analiza una serie de tópicos –tales como la labor educativa y la voluntad civilizadora– a través de los cuales deslegitima el mérito de su adversario. El subtítulo arroja el primer dardo mediante la negación y la antitética atribución de títulos: “Noticia de los estudios que *no* ha hecho y de la educación que *no* ha recibido el *escritor y pedagogo* D. Domingo Faustino Sarmiento” (cursivas más). Al igual que en los escritos anteriores, retoma irónicamente y en reiteradas ocasiones, la metáfora progresista de Sarmiento que aludía a su intención de convertir al país en una gran escuela –como afirmara en un discurso presidencial– e insiste en calificar su liberalismo como despótico. En estos

escritos, emerge un Alberdi “sacado” de sus casillas que agita una prosa romántica, agresiva y que hace de ella un muestrario de las mil formas que asume “el arte de injuriar”, estrategias analizadas en las lecturas críticas de Patricio Fontana y Nicolás Lucero incluidas hacia el final del volumen. Por otra parte, “Facundo y su biógrafo” y “Sarmiento (notas sueltas)”, muestran –como afirma Román– el método de trabajo de Alberdi como escritor: los procedimientos discursivos, el modo de alternancia entre la cita, la ironía y el documento, señalan en estos textos, más que el tenor ensayístico al que nos tiene acostumbrados Alberdi, la escritura del diario de un lector que dialoga –polemiza– con la obra de referencia.

Al final se incluye una sección de “Apéndices” conformada por cartas y fragmentos donde se mencionan, por ellos mismos o por terceros, a Alberdi, Sarmiento y la conocida polémica de 1853. La selección de esa “punta de iceberg epistolar” –que ha llegado hasta nosotros entre la vasta correspondencia que ambos mantuvieron– responde al diálogo, la discusión y el contacto que establecen con los textos centrales del volumen. Entre ellas se encuentran misivas de Mariquita Sánchez a Alberdi y de éste a Gregorio Benites; de Sarmiento a Mitre, a su nieto Augusto Belín Sarmiento y a su amigo José Posse. Es interesante que en todas ellas (excepto en la primera) tanto uno como otro esbozan –al hablar a su destinatario– una imagen propia similar a la construida en el espacio de la polémica, aunque con trazos más definidos. En todos los casos, para guía del lector, se indica la fuente de donde fueron tomadas estas cartas.

Continúa a estas cartas “Sarmienticidios”, una respuesta de Sarmiento a los ataques del libelo que el editor español Villergas publicara bajo ese mismo título, a poco de la aparición de *Viajes* –donde denostaba los comentarios negativos que Sarmiento hiciera sobre España en su paso por ella–. En esta nueva *mi defensa*, Sarmiento ejerce una de las modalidades del llamado “arte de injuriar”, en tanto evita nombrar a su contrincante y resta importancia a sus argumentos pero también “contamina” su nombre con los de un libelista profesional. Luego se incluye la *causerie* de Mansilla, “Alberdi”, en la que, para trazar “la silueta del personaje” (a pedido de García Merou), coloca la polémica con Sarmiento en primera plana, aportando al volumen una singular mirada de época nada menos que de uno de los mejores escritores del siglo XIX argentino. Le sigue, en esta línea, “Dos comadres”, una crónica del periódico satírico *El Mosquito* que caricaturiza el reencuentro de Sarmiento y Alberdi en 1879 al regreso de éste a la Argentina: “un espectáculo curioso (...) ver a aquellos dos célebres hipocritones cambiar zalamerías, elogios, cumplimientos, acariciarse como dos gatos viejos que se acercan y se restriegan uno contra otro haciendo oír el amistoso *run run* esperando el momento de poner las uñas” (274).

Cierran el apartado de Apéndices, cuatro figuraciones de Sarmiento, retratado –con su anuencia y beneplácito– muchas veces más que Alberdi. Un retrato presidencial y tres caricaturas de *El Mosquito* van *in crescendo* desde la exhibición de poder hacia la crítica despiadada: la primera es la litografía de Massard para la cuarta edición de *Facundo* en 1874 que muestra a Sarmiento con la banda presidencial y, para escándalo de Alberdi, reemplaza a la original de Quiroga; las dos siguientes caricaturas ponen en escena los conflictos de Sarmiento con distintos sectores, los mataderos y la Iglesia, en 1883, en las que el sable de salchichas y el disfraz de cura aportan un matiz simpático a su figura, mientras que en el último dibujo, de febrero de 1886, la pluma de Stein agudiza la crítica y muestra un Sarmiento animalizado, con cuerpo de hiena reidora que pisa el cadáver del Alberdi y husmea los “pesos-embutidos” que cobra como empleado del Estado. Las cuatro

---

figuraciones suman una perspectiva al modo de ver y de hacer ver, en distintos espacios de circulación, al histrión de la polémica, Sarmiento.

Finalizan la selección, dos “Lecturas” de los textos centrales que, como mencionamos, hacen hincapié en su carácter biográfico e injurioso. Patricio Fontana va descubriendo en “Sarmiento y su biógrafo” las marcas del “contagio” autobiográfico en que cae Alberdi en la obsesión por su biografiado, al tiempo que endilga haberse contagiado del suyo. Nicolás Lucero analiza “El sentido de la injuria” mediante un análisis textual de los recursos puestos a funcionar por Alberdi en el “arte de injuriar” mentado por Borges. Dos lecturas que profundizan el análisis de estos escritos póstumos de Alberdi, trazan relaciones contextuales y dialogan, a su vez, con los demás textos incluidos en el volumen.

*El Faustino* declara, así, una singular polifonía, abre las fronteras de la polémica inicial a un diálogo renovador y propone un nuevo modo de la colaboración que incorpora al lector, a los cruces y relaciones que esta convivencia textual le sugieren.